

LA POLÍTICA EXTERIOR DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA HACIA FRANCIA DURANTE LA GUERRA CIVIL

Ricardo Miralles

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Los diferentes gobiernos republicanos españoles desarrollaron una política exterior durante la guerra civil centrada principalmente en las dos potencias europeas más interesadas en la victoria de la causa republicana, la URSS y Francia. No cabe mencionar entre estas últimas a la Gran Bretaña por cuanto sus objetivos exteriores se acomodaron inmediatamente a la idea de una victoria de Franco sobre el telón de fondo de la política general de «apaciguamiento» de las dictaduras —de negociación con ellas—, que practicaron entonces los gobiernos conservadores británicos, en particular los dirigidos por Neville Chamberlain.

Las razones de Francia para propiciar una victoria de la República española eran de orden político (por la semejanza de gobiernos de Frente Popular en ambos países en el momento de estallar la guerra) y de orden geoestratégico (la libertad de comunicaciones con el norte de África a través del Mediterráneo occidental era vital para Francia en caso de guerra europea; la instalación de un régimen hostil al sur de los Pirineos, apadrinado por las potencias totalitarias del momento, Italia y Alemania, sería una grave amenaza).

Sin embargo, y pese a estas razones de peso, Francia no pudo desarrollar una política favorable a los intereses de la República española (y a los suyos propios), como consecuencia de varias causas de orden interior (la extrema división de la opinión pública francesa; la debilidad de los gobiernos del periodo; la fragmentación y ruptura de la política de Frente Popular) y de orden exterior (la creciente soledad francesa en el amenazante escenario europeo, como consecuencia de las defecio-

nes de Bélgica, Polonia y Rumanía, de la poca consistencia de la alianza con la Unión Soviética de Stalin y de las garantías exclusivamente ligadas a sus propios intereses de la Gran Bretaña).

En estas condiciones Francia no pudo (o no supo) romper una inercia exterior negativa que, día a día, la iba privando de la fortaleza internacional de antaño. El caso de España sirve perfectamente al modelo que acabo de exponer.

Las líneas generales de la política exterior de la República española (que tuvo el acierto de reconocer estas características de las relaciones internacionales europeas de la época y de la situación particular de Francia), tuvieron en cuenta todas estas condiciones, y por ello la orientación principal de su diplomacia se centró en intentar modificarlas en el sentido de sus intereses particulares, pero también en el sentido de los intereses de una nación amiga, como era Francia.

Las líneas generales de la política exterior republicana española hacia Francia, pueden resumirse en los siguientes puntos:

1. *Rechazo —por ineficaz— de la política de no-intervención* que había propuesto el Gobierno francés de Léon Blum en agosto de 1936 para frenar la participación de las potencias en el conflicto español. Las razones que empujaron a Blum a escoger esa política han sido ampliamente evaluadas, lo que nos permitirá establecer algunas conclusiones generales. En primer lugar, cabe hablar de la imposibilidad de asumir una política más decidida a favor del gobierno legal de la República, con quien Francia mantenía relaciones diplomáticas amistosas y a quien le ligaban acuerdos políticos y tratados comerciales vigentes, a causa de la división política interior del país vecino¹. Una Francia divi-

¹ «La guerra de España -ha dicho Pierre Vilar- hizo vivir a los franceses, por personas interpuestas, su propia guerra civil». En efecto, la guerra de España encendió los espíritus en Francia como ningún otro conflicto exterior en su historia reciente, acentuando las divisiones que ya existían con anterioridad entre los franceses. Las fuerzas de derecha se oponían a toda ayuda a la República española por oposición de principio a los dos Frentes Populares en el poder en España y Francia; sostenían que la ayuda a España equivalía a hacer el juego a la URSS, dar a Alemania e Italia un pretexto magnífico para intervenir en la península, y dejar a Francia en el más completo aislamiento. El anticomunismo se transmuta en antisovietismo: la derecha se alza contra los «rojos», convirtiendo a Franco en el defensor del orden social. La campaña más virulenta la lleva a cabo Jacques Bardoux, presidente de la Federación Republicana del Massif Central (*Le chaos espagnol. Éviterons-nous la contagion?*); la derecha tradicional sigue sus pasos: es el caso de los semanarios *Candide* y *Gringoire*, de las grandes revistas como la *Revue des Deux Mondes* o la *Revue de Paris*, de la prensa de negocios, cuyos intereses son muchos en España. La extrema derecha de l'Action Française de Maurras y el PPF de Jacques Doriot va, lógicamente, más lejos en sus apoyos ideológicos a Franco. El Partido Social Francés del coronel de La Rocque es, sin embargo, más prudente.

dida en el interior y gravemente amenazada en el exterior no podía convertirse en el mejor soporte de España². En segundo lugar, la situación económica de Francia en aquellos momentos imponía un estrecho margen de maniobra al gobierno Blum: la devaluación del franco que

La derecha católica se suma al carro de los profranquistas impresionada por el anticlericalismo de los republicanos españoles y por el posicionamiento favorable al general rebelde del episcopado español. Paul Claudel canta las excelencias de Franco. Pero también será de la derecha católica de donde surjan las voces menos dispuestas a dar un cheque en blanco a Franco: François Mauriac, Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, fundador de *Esprit*, el novelista Georges Bernanos y, sobre todo algunos demócrata-cristianos, como Georges Bidault en *L'Aube*, harán esfuerzos para separar a la Iglesia católica del lado de Franco. Otros grupos de derecha toman distancia pronto: son aquellos que ven el lado de la amenaza a la seguridad nacional de Francia que conlleva el apoyo de Hitler y Mussolini a los sublevados, los Pertinax, Émile Buré, Georges Mandel, Henri de Kérillis, los periódicos *L'Ami du Peuple*, *Le Petit Démocrate*, etc.

La prensa moderada se expresaba en términos de gran prudencia, pero siempre contra todo apoyo abierto a la república española. El presidente de la República, Albert Lebrun, y los presidentes de las dos cámaras del Parlamento, Herriot y Jeanneney, también estaban en contra de toda ayuda directa al gobierno legítimo de Madrid. Este fue, por otro lado, el punto de vista de los ministros radicales, excepto una minoría de «jóvenes turcos» con Pierre Cot, Pierre Mendès-France y Jean Zay a la cabeza.

Los partidos de izquierda, contra lo que pudiera suponerse, no tuvieron tampoco una actitud decididamente favorable a la República española, salvo en el terreno de la solidaridad. El partido comunista fue el único que apoyó firmemente la consigna «Des armes pour l'Espagne». Casi a diario *L'Humanité* condenada la «pretendida neutralidad» que adoptó enseguida el gobierno francés de Frente Popular, que «lleva a la masacre de nuestros hermanos españoles». La política de no injerencia en los asuntos españoles defendida por Blum abre un abismo entre los socialistas y los comunistas de Maurice Thorez difícil de salvar. Entre los socialistas las posiciones no son unívocas. La CGT está dividida: Léon Jouhaux hace campaña a favor de la República española, chocando con René Belin y André Delmas; Zyromski, Longuet y otros militantes de la SFIO forman un *Comité d'Action Socialiste pour l'Espagne*. La mayoría del «Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas», que todavía predicaba un «pacifismo integral», era partidario de la abstención. La guerra de España, pues, se convierte en algo doméstico, cotidiano, en la vida de los franceses, dejando una huella profunda e imborrable en la gran masa y en los líderes de opinión franceses hasta, al menos, los momentos de la transición democrática española.

² El estallido bélico español, y la complicación en el mismo de las potencias revisionistas europeas, Alemania e Italia, condujo inmediatamente a Francia a situar el problema en términos de seguridad nacional. Pocos días antes de la sublevación, el embajador francés en Madrid, Jean Herbet, definía con precisión las repercusiones para su país de un hipotético vuelco de la situación en España: ésta no es sólo «un factor de primer rango» en todo conflicto en que Francia pudiera verse implicada, sino «uno de los elementos esenciales» para su país. La neutralidad española, cuando menos, le era vital a Francia: «una monarquía española, restablecida bajo la influencia de Italia, sería para nosotros un rival, incluso un adversario peligroso, situado entre los Pirineos y Marruecos». En su opinión, España debía mantener su alianza con las democracias para defender la seguridad colectiva violada por Hitler. Y esto era tanto más importante en aquel momento histórico en que el dictador alemán acababa de proceder a

acomete el Frente Popular para restañar los efectos de la crisis pone a Francia en abierta dependencia de la ayuda anglosajona, poco proclive a sostener a Francia en «aventuras» exteriores³. Cabe atribuir, en tercer lugar, un papel decisivo a la maquinaria administrativa francesa, sobre todo del Quai d'Orsay, cuyos funcionarios de tendencia conservadora desempeñaron un papel de primer orden dada la inestabilidad ministerial de aquellos años. Este fue el caso de Alexis Léger, secretario general del Quai d'Orsay, «hombre clave de la política exterior francesa durante los tres años de guerra española» (Tuñón de Lara)⁴, al que Marcelino Pascua, embajador español en París, consideraba «el hombre de mayor influjo» en el ministerio, encarnación y símbolo «del espíritu cerrado del aparato diplomático»; «conservador liberal, probablemente anticomunista —aseguraba Pascua—, aun cuando en relación a España «preferiría el triunfo del gobierno» republicano, pero no el que Francia «se comprometiera activamente para conseguirlo». Hasta el 10 de octubre de 1937 no se nombró nuevo embajador en Barcelona a Eirik Labonne. Evidentemente, las inercias en sentido conservador de la Administración perjudicaron a la República⁵.

remilitarizar Renania, poniendo fin a su «política exterior defensiva» (Bloch), y su homónimo italiano desafiaba abiertamente a la sociedad internacional con la anexión de Etiopía. Las tímidas reacciones de Francia ante las acometidas totalitarias de 1936 (Renouvin), no son sino un avance de su escaso papel en España durante los tres años de guerra. Vid. Ministère des Affaires Étrangères (MAE), París, Quai d'Orsay, Série Z Espagne 213, 4 de junio 1936; CHARLES BLOCH, «Les relations franco-allemandes et la politique des puissances pendant la guerre d'Espagne», en *Deutschland und Frankreich, 1936-1939*, Artemis Verlag München und Zürich, München, 1981; PIERRE RENOUVIN, «La politique extérieure de la France de 1933 à 1939: progrès et lacunes de l'information historique», *Bulletin de la classe des lettres et des sciences morales et politiques de l'Académie royale de Belgique*, tome XLIX, 1963, pp. 199-221.

³ RENÉ GIRAULT, «Les relations internationales et l'exercice du pouvoir pendant le Front Populaire», *Cahiers Léon Blum*, 1977, pp. 20-46.

⁴ Cfr. MANUEL TUÑÓN DE LARA: «¡Todavía la No Intervención! (julio-agosto, 1936)», *Historia Contemporánea*, n.º 5, 1991, pp. 171-186, p. 179.

⁵ Sobre los servicios franceses del Ministerio de Exteriores, Vid. ÁNGEL VIÑAS, «Las relaciones hispano-francesas, el gobierno Daladier y la crisis de Munich», en *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, 1986, pp. 165-166; Informes de Pascua en Archivo Marcelino Pascua (AMP), en Archivo Histórico Nacional de Madrid, y CLAUDE THIEBAUT, «Léon Blum, Alexis Léger et la décision de non-intervention en Espagne», en *Les français et la guerre d'Espagne*, Actes du Colloque de Perpignan, Université de Perpignan, 1990, pp. 23-43. Según un Informe de la embajada española en París, el director adjunto, y luego director de Asuntos Políticos, René Massigli, tenía un punto de vista coincidente con el de Léger. Charles Rochat, director de Europa, era más favorable a la República española, aunque su poder era menor. La conservación en sus puestos de Jean Herbet, embajador que se instala en San Juan de Luz (Francia), negándose a desempeñar su cargo en Valencia como le pedía el gobierno legal de España, o de Las-mastres, cónsul en la San Sebastián franquista, eran hechos que perjudicaban a la República.

No obstante, esta suma de circunstancias no hubieran bastado para determinar la política exterior francesa de no haber mediado un cuarto factor, éste sí decisivo: la dependencia británica en la acción internacional de Francia. En las circunstancias del momento histórico que le toca vivir a Francia en el periodo de entreguerras, y especialmente a partir de 1924, la colaboración estrecha con Gran Bretaña se convierte en el eje de la política exterior francesa. El axioma de la Entente franco-británica se convirtió en algo común a todas las fuerzas políticas francesas, con alguna excepción como el Partido Comunista o elementos de la extrema derecha. Francia sabía de sobra que si algún día era precisa la ayuda norteamericana ésta no sería alcanzable sino por intermedio de Gran Bretaña⁶. La No intervención fue una propuesta francesa, pero no se entiende sin la variable de la dependencia británica (lo que René Girault ha llamado *la gouvernante britannique*). Georges Monnet recordaría años más tarde el contexto real de aquella política, evocando las palabras de Léon Blum en la sesión del Consejo de ministros que tomó la decisión: «Je viens de recevoir l'ambassadeur d'Angleterre —informó Blum—, qui m'a dit de la façon la plus formelle que, si un conflit international survenait à cause de l'appui que vous apporterez aux Républicains espagnols, l'Angleterre ne suivrait pas et abandonnerait toute solidarité avec la France». Para los ministros —asegura Monnet— aquello fue determinante para aceptar «l'idée d'une politique de non intervention»; «J'ai plutôt le souvenir —añade— que l'intervention de l'ambassadeur de Grande-Bretagne a été au Conseil des ministres l'élément qui nous a ralliés à l'idée de ne plus soutenir officiellement les républicains espagnols»⁷.

⁶ Vid. CHARLES BLOCH, «Les relations franco-allemandes ...» p. 435.

⁷ Cfr. Léon Blum, *chef de gouvernement*, París, 1981, p. 360. La dependencia francesa de la política británica en aquel periodo está hoy fuera de toda duda. Vid. Jean Baptiste Duroselle, *La décadence, 1932-1939*, París, 1985. Teniendo en cuenta que en los medios gubernamentales ingleses reinaba una hostilidad casi unánime hacia el gobierno de Madrid, y que desde la primera hora se apostaba por una victoria de Franco, que no implicase su alineamiento futuro al lado de las potencias del Eje, no es difícil adivinar las consecuencias para Francia de seguir la política exterior de los gabinetes británicos: el embajador Georges Clerk lo dijo de forma patente, como hemos visto. París se enfrentaría a la soledad más absoluta de haber intentado otra cosa diferente a la política desarrollada desde Londres. Léon Blum confesó su impotencia en los asuntos españoles años más tarde, al declarar ante la Comisión que investigaba los acontecimientos desarrollados en Francia desde 1933 hasta 1945: «Nous nous sentions à peu près isolés en Europe en ce qui concerne l'action de secours vis-à-vis du gouvernement républicain espagnol». Francia debió plegarse a la política de Gran Bretaña en una situación de inferioridad que le privó de posibilidades propias. Álvarez del Vayo, ministro de Exteriores español, habló de «acatamiento absoluto» de Francia a la política «apaciguadora» ante los dictadores del *premier* británico Neville Chamberlain. Así, la No intervención se convirtió en un freno pesado para los gobiernos franceses que veían cómo «intervenían» impunemente a pocos kilómetros de sus fronteras alemanas e italianas.

Como es sabido, la No intervención fue muy perjudicial para el régimen republicano español⁸: en primer lugar porque le privó de su derecho legal, como gobierno legítimo e internacionalmente reconocido, de procurarse armas en las naciones amigas o en los mercados internacionales; en segundo lugar porque su inoperancia favoreció al bando franquista que sí pudo procurarse todo tipo de material y de colaboración militar en Alemania e Italia; y en tercer lugar, y sobre todo, porque la No intervención bloqueó todas las iniciativas diplomáticas de la República española ya que por una parte la obligaba a utilizar el Comité de Londres para tratar de sus asuntos, y por otra no podía hacerlo directamente por no tener acceso a dicho Comité, salvo a través de los países amigos representados, Francia y la URSS, que no siempre velaban por los intereses de España de la manera exacta como ésta hubiera deseado.

A pesar de todo, la República no tuvo más remedio que aceptar la No intervención, incluso a sabiendas de que le sería perjudicial. Como diría Julio Álvarez del Vayo: entramos en ella «por la fuerza de la presión y ya no cabía hacer otra cosa sino jugar el juego en el que habíamos entrado, a pesar de que sabíamos que los dados estaban marcados». Cuando dicha política se puso en marcha a través del Comité de Londres, el Gobierno de Madrid, consciente de que era inútil oponerse a la iniciativa si no quería quedar cortado completamente de la dinámica diplomática que se inauguraba entonces, volcó todos sus esfuerzos en exigir la aplicación rigurosa de tal política y las máximas garantías de imparcialidad, por una parte, a la vez que la denunciaba como un fracaso que encubría la ayuda a Franco, y por otra parte, intentó involucrar en el tema a la Sociedad de Naciones (SDN), haciéndola intervenir en el conflicto español.

La política española de protesta y denuncia de la No intervención produjo roces importantes con los gobiernos franceses, y especialmente con los más favorables a la causa republicana española, cuya sensibilidad por la injusticia que su aplicación implicaba estuvo a punto de llevar a dimitir en más de una ocasión. Con ello se daba la paradoja de que la insistencia española en reclamar sus derechos podía llegar a debilitar a los gobiernos amigos de Frente Popular, cuyo máximo dirigente,

⁸ Cfr. Manuel Tuñón de Lara: «las grandes potencias europeas, al adoptar la llamada política de No Intervención, paralizaron las posibilidades de defensa del gobierno republicano español (...) dicha política y el Comité de No Intervención o *Comité de Londres* no sirvieron sino para encubrir la intervención de las grandes potencias», en «¡Todavía la No Intervención! (julio-agosto, 1936)», *Historia Contemporánea*, cit. p. 171.

Blum, se sentía incapaz de asumir esa pesada carga, y serle finalmente perjudicial a la República española. Tal es la lectura que cabe hacer de las iniciativas españolas contra la No intervención en los periodos de gobiernos de Frente Popular en Francia. Algunos sectores republicanos españoles en misión diplomática en París en el momento de gestación de la No intervención (Pablo de Azcárate, Luis Jiménez de Asúa, quizá también Fernando de los Ríos) se opusieron firmemente a aceptar lo que se venía encima, estando dispuestos a permitir una caída de Blum —cosa que aceptaba el dirigente socialista francés Vincent Auriol, por otra parte— antes que pasar por aquella solución. El Gobierno de Madrid (Giral, Barcia, y el nuevo embajador en París, Alvaro de Albornoz) se mostró partidario de hacer una protesta, pero no en unos términos que pudieran forzar la caída del dirigente socialista francés: se le prefería en el gobierno antes que en una insegura oposición. La nota de Albornoz estaba escrita en términos graves, pero no de « oposición terminante» (como hubiera deseado Asúa):

suspensión de la exportación de armas al gobierno español, en el preciso momento en que tiene especial necesidad de ellas para restablecer la normalidad jurídica en su propio territorio, lejos de estar conforme con el principio de no intervención, constituye una intervención muy efectiva en los asuntos internos de España. (...) (No obstante lo cual) El Gobierno español está dispuesto a reconocer las ventajas que tal acuerdo tendría, principalmente como medio de prevenir complicaciones internacionales de carácter general (...) Mi Gobierno —proseguía Albornoz— estaría dispuesto a colaborar lealmente en la aplicación de tal acuerdo (...) pero cree indispensable llamar la atención del Gobierno francés sobre la importancia decisiva que tienen, de un lado, el plazo en el que el acuerdo podría entrar en vigor y, de otro, la eficacia de las garantías de su aplicación estricta»⁹.

Este fue el criterio expuesto también por Álvarez del Vayo en la Sociedad de Naciones, el 25 de septiembre de 1936, al asegurar que no se podía privar a un Gobierno legítimo del derecho a procurarse las armas necesarias para sofocar una rebelión en su territorio, a lo que Delbos, ministro de exteriores francés, replicó que el Acuerdo se había puesto en pie «para impedir la movilización ideológica de Europa». Ciertamente sabemos que no la impidió sino que, al contrario, la propició en gran parte. Los embajadores en Francia, Pascua, y en Gran Bretaña, Azcárate, hicieron en más de una ocasión (en 1938) causa común

⁹ *Documents Diplomatiques Français* (DDF), 2è série, vol. III, p. 120. Para estas discrepancias vid. Tuñón de Lara, *art. cit.*

para que el Gobierno republicano español dirigiese apelaciones a París y Londres contra la No intervención, sin ningún resultado práctico por otra parte. Ningún argumento fue suficiente para convencer a los gobiernos franceses del perjuicio de la No intervención, y para poner fin a la misma.

La apelación a la Sociedad de Naciones sirvió de poco a la República española. Los gobiernos españoles utilizaron la tribuna de Ginebra cuanto pudieron, contra el criterio de Gran Bretaña y, en menor medida, de Francia, países que no querían complicaciones internacionales añadidas y empeñados, por otra parte, en que el asunto español no saliera del Comité de Londres encargado de vigilar la aplicación de la No intervención. La República hizo caso omiso de estas recomendaciones, entre otras cosas porque no tenía acceso a dicho Comité ni a lo que se deliberaba sobre su destino. En la célebre sesión de mayo de 1938, en que Álvarez del Vayo presentó un proyecto de resolución al Consejo de la Sociedad solicitando el fin de la No intervención, Lord Halifax y Georges Bonnet votaron «no»: la votación produjo una honda emoción y un Bonnet desfigurado por la tensión hubo de escuchar un grito doloroso: «¡Habéis matado a España!»¹⁰.

Si todo hubiera dependido de una denuncia estéril de la política de No intervención y del recurso a una tribuna ginebrina *cerrada* a las protestas españolas las más de las veces, poco más habría que decir de la diplomacia republicana en guerra. Pero no es cierto que la República española no pudiera hacer otra cosa, y la verdad es que lo hizo, especialmente hacia la república vecina, aunque toda su actividad exterior hacia Francia fue de fracaso en fracaso. Su análisis sería suficiente para contradecir cualquier idea acerca de la inexistencia de una política exterior republicana durante la guerra civil española. La República española sí tuvo una política exterior activa, aunque sus recursos diplomáticos, propios de una pequeña potencia, fueron muy insuficientes para romper el cerco que le imponía la No intervención. Por ello, el marco general de la No intervención resulta insoslayable a la hora de estudiarla¹¹.

¹⁰ Cfr. ÁNGEL VIÑAS, *op.cit.*, p. 178, nota 41.

¹¹ Una política en la que, desde mediados de 1937, ya no creía nadie de forma real, salvo Gran Bretaña que la concebía como el mecanismo idóneo para aislar las posibles consecuencias internacionales del conflicto español. Lo cierto es que —como sostiene Aróstegui—, la no-intervención, a estas alturas, era ya más un instrumento de la política exterior británica que un medio de solucionar el conflicto español. Cfr. JULIO ARÓSTEGUI, «Guerra y política internacional», en *La Guerra Civil, La República aislada*, Historia 16, n.º 18, pp. 6-51.

2. *Las directrices españolas hacia Francia se orientan en dos direcciones, a la vez: a) en asegurarse, por una parte, la colaboración francesa imprescindible y, por otra, b) en tratar de asociar a la república amiga a la idea de que la cuestión española no era un asunto periférico a los intereses franceses sino un problema esencial para la seguridad de Francia.*

a.a.) *La ayuda francesa, ya que no podía concretarse en una venta directa de armas, ni mucho menos en una colaboración bélica, se materializó en lo que Blum llamó la «no-intervención atenuada», esto es, en propiciar una especie de contrabando oficioso mediante el cual Francia cerraba los ojos al tránsito de armamento soviético por su territorio. «Lorsque nous nous sommes aperçus, à l'évidence, que ces engagements n'étaient tenus que par nous, nous en sommes venus au système de la non intervention relâchée, c'est à dire que nous avons volontairement et systématiquement fermé les yeux sur la contrebande des armes et même, à partir d'un certain moment, nous l'avons presque organisée. Il en a été ainsi pendant la fin de mon gouvernement et il en a été aussi ainsi pendant le gouvernement de Daladier, Bonnet étant ministre des Affaires étrangères.»* Este testimonio de Blum ante la citada Comisión sintetiza a la perfección lo que fue la política efectiva de Francia durante la guerra. Sus gobiernos, en mayor o menor medida, hicieron la vista gorda: la «non intervention relâchée c'est son domaine», asegura Duroselle a propósito de Yvon Delbos. Vincent Auriol, Pierre Cot, Jules Moch, siguen sus pasos, organizando esa especie de contrabando oficial del que hablaba Blum.

Que tal política fue en gran parte oficializada en Francia queda patente en estas palabras de Blum: «Je dois dire d'ailleurs que la continuation de cette pratique a été pendant le Ministère Chautemps-Delbos et au début du Ministère Daladier-Bonnet, une des conditions de notre participation au début et de notre soutien ensuite»¹². La República española se resignó a aquella política como mal menor, presionando todo lo que pudo a los gabinetes franceses para que hicieran oídos sordos de las indicaciones inglesas dirigidas a forzar el cierre de la frontera. Del tráfico por Francia dependió la vida de la República española desde el momento en que la acción submarina italiana en el Mediterráneo dificultó la navegación soviética hacia los puertos del Levante español. Eso explica, entre otros, el viaje relámpago de Negrín a París para con-

¹² Testimonio de L. Blum ante la *Commission chargée d'enquêter sur les événements survenus en France, de 1933 à 1945*, Tome Premier, París, 1951, pp. 215-229.

seguir de Blum, en su segundo gobierno, una mejora en las facilidades de tránsito de material de guerra de la URSS por territorio francés. Este periodo fue especialmente bueno para la España republicana, pero quedó cortado a partir de junio 1938 con el cierre de la frontera que practicó entonces Daladier presionado por Gran Bretaña. Pocos días antes, Marcelino Pascua establecía, una vez más, las razones que empujaban a Francia a actuar de esa manera. Según el embajador, la inteligencia con Inglaterra se consideraba en Francia en ese momento (crisis checoslovaca en ciernes) «vital», «esencial», lo que le llevaba a advertir que «a la conservación de una muy buena disposición de ánimo del gobierno inglés respecto a Francia se subordinan y condicionan la mayor parte de las posiciones a tomar». En Francia —según Pascua—, predomina la idea de conservación de la paz «casi podríamos decir que a toda costa, o sea, en tanto el riesgo no sea gravísimo e inmediato y bien directo para Francia»¹³.

Facilidades y dificultades en la frontera a tenor de la situación internacional y de sus compromisos con la Gran Bretaña: tal fue la opción francesa, no la venta de armas y, mucho menos, claro está, la intervención militar. Yo diría que los diplomáticos españoles dedicaron el 80% de su tiempo a asegurar la continuidad de esta práctica, como mal menor, por más que llamaran constantemente la atención de los gobernantes franceses sobre la injusticia de aquella conducta francesa encubierta, cuando del lado franquista la colaboración de las potencias del Eje era abierta y sin disimulos. Los sucesivos embajadores españoles destacados en París (Albornoz, Araquistain, Ossorio y Gallardo, y sobre todo Marcelino Pascua) apelaron incansablemente a sus amigos franceses para salvar todos los obstáculos que a cada paso aparecían para hacer funcionar el sistema. En la nómina de políticos franceses que hicieron cuanto pudieron para vencer estos obstáculos destacan Blum (para quien la cuestión española representaba —según sus palabras— «un auténtico calvario»), Herriot («siempre muy comprensivo y bien», decía Pascua), Georges Mandel («el más favorable a nuestra causa»), Joseph Paul-Boncour, Jouhaux, Ramadier, Frossard, Reynaud, Campinchi, Auriol, y otros de escalafón más bajo, pero sin los cuales las armas nunca hubieran llegado, como Gaston Cusin, el jefe de gabinete de Auriol y encargado de organizar el tráfico ilegal, Guyon, Director de Aduanas, o Jean Moulin, futuro héroe de la Resistencia.

¹³ MARCELINO PASCUA, «Conversación con el ministro de negocios extranjeros, sr. Bonnet. 9 de julio de 1938», en AMP, Caja 3, leg. 8.

La frontera fue la manifestación más clara del carácter que adquirió en Francia la guerra civil española, porque en torno a ella, a su apertura, su permeabilidad o su cierre, se hicieron patentes todos los condicionantes que actuaron en el país vecino: su división política, su dependencia de Gran Bretaña y su incapacidad como la gran potencia que ya no era para dictar la conducta que conviniera a sus intereses. Desde el lado de la República española, la frontera francesa fue el hilo vital que la conectaba a sus suministros de armas y a sus eventuales apoyos diplomáticos, y sin ambos no hubiera podido sobrevivir el tiempo que lo hizo.

b.b.) De todos modos, la República española no podía conformarse con este sistema de tráfico clandestinos y de presiones de sus representantes legales, una trama a la que en circunstancias normales no calificaríamos de parte integrante básica de la política exterior de un país. *La República se interesó, sobre todo, en propiciar un cambio en las orientaciones diplomáticas de Francia en relación a la guerra española.* El argumento central —desarrollado con insistencia—, fue que la confrontación española era un asunto directamente relacionado con la seguridad de Francia. La diplomacia republicana insistió, una y otra vez, en que no se trataba tanto de ayudar a España cuanto de evitar situaciones de peligro inmediato para Francia, con la instalación en sus fronteras de un régimen hostil apoyado por el Eje. Este fue, sin duda, el argumento principal de la acción diplomática de la España republicana sobre Francia a lo largo de aquellos años, provocando algunas veces ciertas incomodidades del lado de Francia. La colaboración de las potencias del Eje con Franco tendía a consolidar una situación peligrosa para su propia seguridad, de manera que Francia debía considerar las facilidades otorgadas a la República como vitales. Al argumento de Massigli, en una ocasión, de que tal cosa indispondría a la Gran Bretaña con Francia, Azcárate respondió que todo dependía de si Francia presentaba el hecho como algo vital para su propia seguridad, de manera que Gran Bretaña no podría nunca oponerse. Pascua hizo parecidos planteamientos a Bonnet, en plena crisis checoslovaca: Francia no debía tolerar la formación de otro fascismo en su frontera de los Pirineos, por lo que en su interés estaba ayudar discreta o abiertamente a la República española. Tampoco hubo resultado efectivo. Cuenta Joseph Paul-Boncour que su política de firmeza, de la cual su sucesor Bonnet no era partidario, fue rechazada por Daladier al formar Gobierno con estas palabras: «J'ai réfléchi: la politique que vous m'avez développée est très belle, très digne de la France; je ne crois pas que nous soyons en mesure de la faire. Je vais prendre Georges Bonnet».

La presión sobre Francia no condujo sino a la creencia, lógica por otra parte, de que la República española intentaba extender el conflicto como medio de salvarse. Azcárate advirtió más de una vez del peligro de estos planteamientos, aunque las bazas diplomáticas españolas no eran muchas más¹⁴. Aunque disponemos de una documentación abundante, una comunicación del Gobierno de la República española, dirigida directamente al presidente del Consejo, Daladier, el 18 de marzo de 1938, es un buen ejemplo de este planteamiento; el Gobierno de la República española se expresaba ante Francia en estos términos:

«Ante la gravedad de las horas presentes (después de la anexión alemana de Austria y de la ofensiva de Franco en el frente de Aragón), el gobierno de la República española se ve obligado a preguntar al gobierno de la República francesa si puede esperar una ayuda urgente y decisiva.

El gobierno de la República española considera esta solicitud plenamente justificada teniendo en cuenta que al defender la integridad de su territorio está defendiendo a la vez la seguridad de Francia. Ésta no puede permanecer indiferente a la instalación de los alemanes y de los italianos en los Pirineos y en las costas del Mediterráneo, y menos aún a la incorporación de España a la alianza de pueblos totalitarios.

Si Europa sueña con una victoria, que sea la primera que Francia e Inglaterra necesitan para alejar de ellas los riesgos de una conflagración general, se nos debe ayudar de manera resuelta.

No es necesario exagerar acerca del alcance que pueda tener el resultado de la guerra de España para darse cuenta que la suerte de Francia se halla asociada a su desenlace»¹⁵.

Como he dicho, esta línea argumental produjo más de un roce, y al final no tendría éxito, pero, en aquellas condiciones, parece difícil imaginar otra más adecuada.

¹⁴ Pablo de Azcárate, embajador en Londres —pero en continuo contacto con la misión española en París— veía, con todo acierto, que ante las circunstancias por las que atravesaba el país (de debilidad exterior y división interior) «no sirven de nada grandes tiradas sobre el interés de Francia, que no tienen más resultado que provocar una irritación contra nosotros». PABLO DE AZCÁRATE, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, 1976, p. 361. Vid. igualmente PABLO DE AZCÁRATE, «Nota de una conversación con M. Blum durante el almuerzo ofrecido en su honor por el embajador de España en París el 31 de octubre de 1938», AMP, caja 2, leg. 1. También Pascua informaba a Negrín, el 10 de junio de 1938, en estos términos: «se dice aquí que los temores que nosotros aducimos para el futuro de Francia son exagerados por lo interesados por nuestra parte».

¹⁵ AMP, caja 2, expediente 1, 18 de marzo 1938.

3. El éxito de dicha política (o, en este caso, el fracaso) dependió casi al 100 por 100 de una tercera línea de intervención diplomática española, sin la cual nada podría hacerse en Francia que beneficiase a la República española. Me refiero a los intentos que llevó a cabo el gobierno español para *separar a Francia de los dictados de la política exterior de Gran Bretaña. Deshacer esa especie de nexo muy sólido entre Francia e Inglaterra, sin debilitar la posición de Francia, sino reforzándola, fue uno de los objetivos prioritarios de la diplomacia republicana*. Así se lo dijo a Blum Pablo de Azcárate en un almuerzo en la embajada española, el 31 de octubre de 1938, después de Munich: Francia debiera de desarrollar ante Inglaterra una política activa, «terminando con esta lamentable etapa en la que ha abandonado completamente en manos del Gobierno inglés toda iniciativa de política internacional». Azcárate insistió ante Blum en que no había ninguna razón para que Inglaterra influyese en la política francesa y no lo contrario, «porque al fin y al cabo, la seguridad francesa es cosa que incumbe al gobierno francés y es éste quien debe decir en Londres con toda firmeza lo que considera esencial para garantizarla»¹⁶.

Que la política francesa siguió a la británica es cosa sabida, y hay testimonios abundantes y muy autorizados sobre esta dependencia, como el de Joseph Paul-Boncour cuando al hacerse cargo de la cartera de exteriores en el segundo gabinete Blum expresaba su «enorme sorpresa» por el grado de influencia que había alcanzado el embajador británico en París, Phipps, ante el Quai d'Orsay¹⁷.

A juicio de la República española Francia se debilitaba a cada cesión que hacía en la línea de «apaciguamiento» de los dictadores europeos, que practicaban los ingleses. Esta línea argumental fue especialmente empleada después del desastre de la Conferencia de Munich. En una carta a Georges Bonnet, ministro de exteriores, Vayo, su homónimo español sostenía lo siguiente: «debilitada, y de hecho perdida, la posición de Francia en el tablero internacional por lo que se refiere a Europa central, y en conjunto aminorada su significación de gran potencia como es evidente, debería reforzar todo lo más posible la defensa de sus intereses militares y estratégicos hacia España». Lo que España buscaba era la denuncia francesa de la No intervención, y la ayuda de Francia hasta donde fuera posible. Pero hay que tener en cuenta que

¹⁶ PABLO DE AZCÁRATE, «Nota de una conversación con M. Blum durante el almuerzo ofrecido en su honor por el embajador de España en París el 31 de octubre de 1938». AMP, caja 2, leg. 1.

¹⁷ Cfr. JEAN BAPTISTE DUROSELLE, *op. cit.*

la denuncia francesa hubiera puesto en peligro toda la maniobra británica de acercamiento a Italia, por lo que los ingleses ejercieron sobre el gabinete francés todas las presiones del mundo para evitar una iniciativa radical a favor de la República española.

Entre esas presiones, la más importante y la que tuvo efectos más negativos sobre las posibilidades de la República española fue el cierre de la frontera franco-catalana, decretada por Edouard Daladier el 13 de junio de 1938. Todo lo hasta el momento investigado, nos lleva a la conclusión de que la frontera la cerró Daladier bajo presiones de Chamberlain-Halifax. Y que estas presiones se hicieron efectivas en las conversaciones franco-británicas de Londres de 28-29 de abril de 1938.

Unos días más tarde, Pertinax —pseudónimo del periodista André Géraud— («probablemente informado por Léger», el secretario general del Quai d'Orsay), confesaba a Pascua lo siguiente: «el pasado lunes visitó el embajador de Inglaterra Phipps a Bonnet para reclamar en nombre de su gobierno el inmediato cierre de esta frontera, obstáculo fundamental a la pacificación de Europa...amenazándole con una puesta en vigor del pacto anglo-italiano de todos modos si aquella frontera origen de todo el trastorno, no se restringía o anulaba». Francia, que también trabajaba en un acercamiento a Italia, no podía permitir que entrase en vigor antes de un acuerdo semejante de ella con Mussolini (esta era la tesis de Vayo, al menos).

El 22 de junio, Daladier recibe a Pascua, diciéndole que el cierre se había debido «a presiones y recriminaciones del Gobierno inglés con el que (a Francia) le era indispensable estar en buen acuerdo (a causa de Checoslovaquia)». El asunto podría resolverse, según Daladier, enviando los suministros rusos por mar a Barcelona, desde Marsella, haciéndolos pasar por armas en tránsito a terceros países; pero se sabía que los soviéticos no aceptarían este sistema.

Ante las dudas de Pascua, el titular de exteriores, Bonnet, saca de un cajón un *aide-mémoire* de su entrevista con Halifax, que lee delante del embajador: según Halifax, el proceder francés —facilitando el tránsito por su territorio de material de guerra para la República española— «podía producir una disminución en el buen acuerdo entre los Gobiernos británico y francés que tan esencial era en las actuales circunstancias». Bonnet añadió: «De no haber adoptado el Gobierno francés la actitud respecto a la frontera española, el pacto anglo-italiano, con todas sus consecuencias, hubiera entrado ya en vigor», con sus consecuencias negativas de no haberlo alcanzado también Francia, añadiría Pascua.

El gobierno de la República no podía considerar aceptables estos planteamientos. *La posición de la República española era la de com-*

prender que Gran Bretaña pudiera hacer indicaciones y presiones, pero no que Francia las tradujera inmediatamente en línea de conducta. La reacción de Vayo al cierre de la frontera fue violentísima en sus términos: «se explica que el juzgar la situación a la manera de ellos, les lleve a esta doble argumentación: si se sienten flaquear el cerrojo les ayudará a dar las diez de últimas; si todavía quieren gallear, una buena vuelta al torniquete les apagará la voz». Palabras amargas que hubieran servido también para expresar la decepción española pos-Munich.

La inacción francesa que siguió a Munich, el desconcierto que sucedió a la euforia inicial, y la sensación de que se había cometido un grave error, fueron ya irreparables por el lado español. No obstante lo cual, y contra lo que pudiera pensarse, el embajador Pascua encontró terreno abonado para su tesis central como consecuencia de la división de la opinión pública francesa que se produce inmediatamente después de Munich. El argumento de la necesidad de Francia de no practicar un seguimiento estricto de la política exterior británica adquiere ahora una fortaleza inusual. Azcárate, embajador en Londres, que actuó al unísono con Pascua tomando conjuntamente muchas iniciativas en perfecta sintonía con el Gobierno Negrín, planteó la tesis española a Blum con particular claridad en el citado almuerzo en París, el 31 de octubre de 1938, es decir, después de la defección francesa de Munich. Y Azcárate encontró particularmente receptivo a Blum. Según cuenta, le dijo que todo se resumía en «la posibilidad y la necesidad de desarrollar en Inglaterra una política francesa activa, presentada en un lenguaje firme y decidido»¹⁸. En términos de igual contundencia, Pascua aprovechó la situación pos Munich para «explotar» la sustancia de dicha tesis. Según informaba a Vayo a mediados de octubre, estaba planteando en sus conversaciones «con gente política francesa», la idea de que «debilitada y de hecho perdida la posición de Francia en el tablero internacional por lo que se refiere a Europa central, y en conjunto aminorada su significación de gran potencia como es evidente, debería reforzar todo lo más posible la defensa de sus intereses militares y estratégicos por lo que al problema de España se refiere». Pascua depositaba ciertas esperanzas en el éxito de este argumento, el cual, según aseguraba, circulaba también «en elementos del Estado Mayor», pero temía que la dirección que tomara inmediatamente el Quai d'Orsay «fuera otra», bajo la influencia de Bonnet, esto es, de «*rapprochement* con Italia y forzar la mano en lo posible para una *mediación* en España».

¹⁸ PABLO DE AZCÁRATE. «Nota de una conversación con M. Blum durante el almuerzo ofrecido en su honor por el embajador de España en París el 31 de octubre de 1938», AMP, caja 2, leg. 1.

Los reveses militares republicanos y el desarrollo de los acontecimientos propiciaron tan sólo esta última salida, por más que inicialmente Pascua pudo desarrollar una labor en el sentido más arriba indicado, que quizá hubiera podido rendir sus frutos de no haberse precipitado las cosas en España a partir de diciembre 1938. La oposición francesa, que siguió al acto de Munich y a las derivaciones negativas para la política exterior francesa que éste suponía, animó la escena política y dio pie a Pascua, y al Gobierno republicano, para intentar forzar las cosas en forma tal que Francia reasumiera su independencia de acción. Auriol, después de regresar de Barcelona, en donde había permanecido a finales de octubre invitado por el Gobierno de Negrín, se comprometió a defender la causa expuesta en los Trece Puntos del Jefe de Gobierno español ante Daladier, cosa que realmente hizo a su vuelta. Mandel prometía aconsejar al diputado y periodista derechista, pero antialemán, Kerillis que visitara Barcelona para formarse opinión. Una Comisión del Partido Socialista francés visitó a Chautemps a finales de diciembre para solicitar facilidades de abastecimientos a España, que se reestudiara la cuestión del permiso de tránsito por la frontera terrestre de material y que se evaluara la posibilidad de suministrar a España material de guerra, en particular artillería pesada y ametralladoras. Reynaud se comprometió con Pascua esos días en «su propósito de no dejar de insistir cerca de sus colegas (de Gobierno), en la necesidad de una política más clara de ayuda a nuestra causa». Pascua creía también que «según todas las noticias (...) también en el Quai d'Orsay están variando las cosas, no obstante las conocidas ideas y procedimientos del Jefe del Departamento (Bonnet)»¹⁹.

Pese a todo, Pascua desconfiaba de aquel ambiente. «Con frecuencia —decía— todo queda en palabras risueñas». Lo cual no impedía apreciar en todo ello «un exponente evidente de la evolución relativamente rápida que se está produciendo aquí»²⁰. No hubo tiempo de comprobar dicha aseveración y que tal evolución prosperase y se consolidase en el sentido deseado por la República española, por cuanto ésta se vino abajo al poco tiempo.

Lo que quedó claro de los procedimientos empleados y de las actuaciones seguidas fue la pertinencia, en términos diplomáticos, de

¹⁹ Vid. MARCELINO PASCUA, «Conversación con el expresidente del Consejo, sr. Blum, el día 6 de enero de 1939 a las tres de la tarde», en AMP, caja 1, leg. 22, y carta de Pascua a Negrín, de 13 de enero de 1939, en caja 2, leg. 19.

²⁰ Vid. MARCELINO PASCUA, «Conversación con el expresidente del Consejo, sr. Blum, el día 6 de enero de 1939, *cit.* p. 2.

aquella línea argumental, repetida hasta la saciedad, y cuyo fracaso final no dependió de su inadecuación sino del desmoronamiento del régimen republicano. El que, finalmente, la nueva España de Franco no llegara a representar una amenaza directa para Francia dependió de la no inclusión de la Península en los planes de Hitler y de la desaparición de la República francesa el 10 de junio de 1940, pero no del pretendido «control» británico del régimen triunfante el 1 de abril de 1939.

En una carta a Stalin, el 11 de nov. de 1938, Negrín calificaba la situación a la que había que enfrentarse a partir de ese momento, en relación a la república vecina, con este juicio: «Francia, en la actualidad, carece de política exterior». Esta consideración de Negrín, excesiva en el fondo, está de acuerdo sin embargo con la desorientación francesa del momento, que sólo ve una salida sumándose al acercamiento inglés a Italia. Como dicho acercamiento era la condición necesaria para la paz que había ideado Chamberlain, Francia no podía quedarse fuera. Tampoco la República española, que trató de impedir lo que había detrás de ese argumento.

4. Y así fue: *el intento de acercamiento a Italia, o mejor dicho del planteamiento de la cuestión de los intereses de Italia en el Mediterráneo y eventualmente en la Península, fue una de las últimas bazas jugadas por la República española*. En realidad, el gobierno de la República intentaba deshacer el argumento de que el régimen legal de España era un obstáculo a aquellos intereses, y por lo tanto, siguiendo la política de Chamberlain, un molesto impedimento para la paz, que convenía eliminar cuanto antes.

El gobierno de la República no admitía que se considerase el régimen republicano español un obstáculo para la política pro-italiana de Gran Bretaña y de Francia, y mucho menos que se le tuviera que sacrificar para el éxito de la paz. El argumento, evidentemente, se destinaba más a Francia e Inglaterra que a Italia, aunque de nada sirvió esta orientación *in extremis*. La culminación de esta línea de actuación, cuyo objeto es —como digo— impedir, o cuando menos obstaculizar, un acercamiento franco-italiano (semejante al británico) del que pudiera resultar un sacrificio de la República española, será la propuesta de acercamiento a Italia del Gobierno de la República española, contenida en el *Memorandum* de 30 de diciembre de 1938 (que podría calificarse como de intento de «apaciguamiento» republicano).

La situación se remonta a unos meses antes. El estado de cosas que se crea a la República española a comienzos de abril de 1938 es la de la

coincidencia de una política británica lanzada a un acuerdo mediterráneo con Italia, que rebaje la tensión en la zona a expensas de la causa republicana, con la llegada al poder en Francia de un gobierno al que se califica de «italianizante»²¹. Según Pascua, el nuevo Gobierno francés presenta «un elemento que pudiera ser altamente peligroso para nosotros, ya que un establecimiento de relaciones menos tirantes con Italia, simultáneamente con la conducta que para con ella sigue también Inglaterra, podría traducirse en el doble designio de desgajar en lo posible a Italia del eje Roma-Berlín y de disminuir la tensión en el Mediterráneo en una maniobra conducente a facilitar la terminación de la guerra lo más pronto posible, para lo cual podrían ellos utilizar ciertas teclas en su mano, hartamente evidentes»²². Se refería Pascua al cierre de la frontera, eventualidad ésta que explica la movilización general de la diplomacia española. El objetivo era obstaculizar el acercamiento italo-británico, pero sobre todo, impedir un acercamiento igual de Francia, lo cual era más factible. En esta línea hay que inscribir algunas iniciativas que se tomaron en el periodo.

Una fue la nota oficial del Gobierno español, de 5 de abril de 1938, redactada a iniciativa de Pascua y Azcárate, y dirigida a los Gobiernos de Francia y de Gran Bretaña, solicitando formalmente la denuncia de la No intervención. Pascua opinaba que la nota «obstaculizaría algo el designio (británico) tan lleno de mala sustancia y repercusiones inmediatas respecto a nosotros». Se refería Pascua a la idea que corría de que los británicos considerarían aceptable el compromiso italiano de retirar sus tropas de España una vez acabada la guerra, tal y como se rumoreaba que se iba a pactar en Roma por aquellos días (como así fue, en el *Acuerdo italo-británico* de 16 de abril 1938). Sabemos que no se logró el efecto deseado, pues el cierre

²¹ En todos los juicios de Pascua, de sus superiores y de varios políticos franceses afines a la República, se destaca el perfil «italianizante» especialmente marcado del nuevo ministro de exteriores, Georges Bonnet. Georges Bonnet, «es persona —según informa Pascua en abril de 1938— a quien se atribuyen como rasgos esenciales una gran compaginación con la política del Gobierno inglés actual y una preocupación por establecer contactos con Italia», a expensas de la República española. Bonnet es calificado por Pascua como un político objetivamente hostil a la causa republicana del que sólo cabe esperar «alguna maniobra nociva». El nuevo ministro, por su posición privilegiada, «pudiera ocasionar perjuicios relativamente al tránsito de material guerrero por Francia —a juicio de Pascua—, ya que su total correspondencia con la política de Londres y su ideología italianizante (sic), juegan en esta dirección». Carta de Marcelino Pascua a Julio Álvarez del Vayo, de 12 de abril de 1938, AMP, Caja 1, leg. 21.

²² Carta de Marcelino Pascua a Vayo, 12 de abril 1938, AMP, caja 1, leg. 21.

de la frontera se produjo como resultado de la política aparejada a dicho pacto, como confirmó Bonnet a Pascua poco tiempo después²³.

La otra iniciativa consistió en la presentación a los Gobiernos de París y Londres del mencionado *Memorandum* titulado «Posición del Gobierno español en el problema del Mediterráneo», de 30 de diciembre de 1938. La República española intentaba asociarse a una política de acuerdo mediterráneo a cuatro, incluyendo a Italia y a las dos democracias occidentales, en la perspectiva de que «el triunfo de la República no constituye (...) ninguna clase de amenaza o riesgo para los intereses legítimos italianos en el Mediterráneo occidental». Aseguraba el *Memorandum* que el primer paso de la política a la que estaba dispuesta la República consistiría «en persuadir a Italia de que el triunfo de la República en España no excluiría la normalidad de relaciones políticas y económicas entre los dos países». España ofrecía un «compromiso solemne», que podría ser garantizado por los Gobiernos británico y francés, de respeto a dichos intereses²⁴. Desde mi punto de vista, este intento español de jugar la política del «apaciguamiento» cabría interpretarlo en el sentido de hacer inviable la solución de los problemas europeos, por la vía mediterránea que, en esencia, significaba por la vía española, esto es, mediante el sacrificio del régimen republicano español. El *Memorandum* era la demostración más evidente de la no peligrosidad de la República para la estabilidad de la región, lo cual impediría a Gran Bretaña, pero también, y sobre todo, a Francia invocar altas razones de seguridad nacional para justificar dicho sacrificio. Las iniciativas «italianas» resultaron estériles, pero son una muestra de las vías imaginativas, aun cuando fueran improductivas, de la diplomacia republicana²⁵.

²³ Según Bonnet, «de no haber aceptado el Gobierno francés la actitud respecto a la frontera española, el pacto anglo-italiano, con todas sus consecuencias, hubiera entrado ya en vigor». Según Pascua, lo que Bonnet no decía es que tal cosa hubiera perjudicado a Francia que no hubiera podido sumarse al acercamiento italiano simultáneamente a Gran Bretaña. Vid. «Conversación con el ministro de negocios extranjeros. sr. Bonnet. 9 de julio de 1938», en AMP, Caja 3, leg. 8.

²⁴ *Memorandum*, en AMP, Caja 1, Leg. 22.

²⁵ La propuesta de emprender esta iniciativa parece que viene de los embajadores en París y Londres. Es posible comprobar en los papeles de Pascua recomendaciones en este sentido. Azcárate redacta formalmente una larga nota para el ministro de estado, el 9 de noviembre de 1938, después del fracaso de Munich, en la que expone con toda claridad esta vía posible: Azcárate se preguntaba «si la diplomacia republicana debe seguir poniendo todo su juego a la carta de un cambio radical de la política europea de Inglaterra que sustituya, respecto a las dictaduras, la colaboración por la firmeza y la energía; o más bien, que busque la colaboración por el camino de la firmeza y la energía en lugar de buscarla por el camino de la blandura

Conclusiones

«*L'Espagne: Echec moral et succès diplomatique*». Esta sentencia del profesor Duroselle resume acertadamente el sentimiento de muchos franceses, quizá de la mayoría, en torno a la actuación de sus gobiernos en la guerra civil española. El radical Jean Zay, partidario de la República, proclamó al final de la guerra: «Intervinimos bastante para que nos lo reprochara el bando contrario, pero no lo suficiente para dar a los republicanos una ayuda eficaz»²⁶. Ciertamente, Francia no proporcionó sino un socorro insuficiente al gobierno de Madrid, decepcionando las esperanzas republicanas a la vez que se ganaba la hostilidad del bando sublevado. Hemos apuntado algunas razones para explicar este comportamiento nacional francés, pero no estaría de más establecer ahora unas conclusiones generales.

¿Por qué actuó Blum en el sentido que lo hizo? Atendiendo a las explicaciones del profesor Pierre Renouvin lo habría hecho por tres razones: la resistencia del partido radical que amenazaba la propia estabilidad del gobierno de Frente Popular; el miedo a provocar complicaciones internacionales en el caso de que Italia y Alemania otorgaran un apoyo abierto a los insurrectos, y el convencimiento de que la competencia internacional en torno a los suministros de armamentos jugaría a favor de Italia y Alemania. Era el mismo argumento del director de gabinete de Blum, André Blumel, aunque éste lo dijera de manera más descarnada: la política de No intervención tenía el objetivo «*d'essayer d'interdire aux autres ce que nous étions hors d'état d'exercer nous-mêmes*». Todas estas razones jugaban en contra de Blum, de su deseo sincero de ayudar a los españoles, y de la supervivencia de la propia República vecina. Como diría años más tarde su hijo Robert, a Blum «*il ne lui était pas possible à la fois de rester au pouvoir et de les aider (les républicains espagnols) officiellement et massivement*»²⁷. Al final,

y la claudicación. (...) ¿no podría la república ensayar una adaptación de su política internacional a la realidad presente e inmediata de Europa? (...) La orientación marcada en las observaciones precedentes (que fueron las que luego desarrolló el Gobierno en el citado *Memorandum*) implicaría un cambio fundamental en la política de la república respecto de Inglaterra. Dejaríamos de poner todo nuestro juego a la carta de un cambio de política por parte de Inglaterra respecto de las dictaduras, procurando más bien encuadrar la solución de nuestro problema y *adaptar* nuestra propia política a la de acercamiento a las dictaduras que aplica por ahora el gobierno británico». Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, pp. 270-275 (documento n.º 7, 9-XI-1938).

²⁶ JEAN ZAY, *Souvenirs et solitude*, París, 1948.

²⁷ Cfr. Léon Blum, *chef de gouvernement*, cit. p. 357.

Blum optó por un compromiso desigual entre las fuerzas políticas francesas que, por más que comportara concesiones a los partidarios de los republicanos, impidió que se ejerciera la solidaridad abierta y oficial con éstos (Borrás)²⁸.

No romper el frágil equilibrio francés: ésta podía ser una buena razón para Blum. También lo era, sin duda, para él y para sus sucesores, la no alienación de Gran Bretaña, lo hemos dicho. Nada dolió probablemente tanto a Blum como la constatación de la debilidad francesa en materia de defensa. Feroz adversario de los presupuestos de guerra antes de llegar al gobierno, será su gabinete el que asuma el rearme francés. Con todo, estaba convencido de que la colaboración estrecha con Gran Bretaña era indispensable para Francia, de que su país no podía proyectar una defensa eficaz contra una agresión alemana si la flota británica no aseguraba la libertad de las comunicaciones marítimas. Esta constatación le obligó a soportar presiones inadmisibles, como la que hoy conocemos del embajador Phipps, la víspera del Consejo Permanente de la Defensa Nacional, en marzo de 1938, sugiriéndole que no aceptase más que una intervención «hipócrita» a favor de la República española.

Con todo, hay algo que no se destaca suficientemente cuando se habla de este tema, por cuanto los peligros expuestos a cada momento sobre el riesgo de una eventual «intervención» francesa para la paz europea dificultan la visión exacta de las peticiones republicanas. Y es que, como dice Angel Viñas, lo que la República solicitaba era material de guerra y no una intervención militar de Francia. La confusión de ambas cosas, como si fueran una sola, perjudicó notablemente a la República²⁹.

A lo largo de todo el conflicto, la diplomacia republicana luchó para romper la pasividad francesa y, sobre todo, la subordinación del gobierno de París a las preocupaciones de Londres. Pero no lo consiguió. Pascua lo señala en más de un documento: «Falta la decisión de una acción que con toda seguridad tendría que ser luego respaldada por el Gobierno inglés». «La inteligencia entre Francia e Inglaterra es considerada aquí como *vital, esencial*»; a ella «se subordinan y condicionan la mayor parte de las posiciones a tomar». La consecuencia fundamental de esta condicionante del *acercamiento* francés a Gran Bretaña, fue que Francia debió seguir un camino paralelo al inglés (desenten-

²⁸ Cfr. JOSÉ M.^a BORRÁS LLOP, «El Frente Popular francés y la guerra civil española», en *La Guerra Civil. Impacto en el mundo*, n.º 8, pp. 106-123.

²⁹ A. VIÑAS, *op. cit.*, p. 163.

diéndose del caso español de la misma manera que el desentendimiento británico del asunto checo, impondría la renuncia francesa).

Hay que decir, no obstante, que no fue éste (el influjo británico en el gobierno francés) el único obstáculo para una implicación más activa de Francia en el asunto español. Como decía Pascua, en el país se observa «extraordinariamente dividida la política interior y vivamente contradictoria respecto al problema de España, lo que en gran parte explica la ineffectividad y falta de toma de posición con referencia a nuestra cuestión». Este fue también el argumento de Bonnet en todo momento: no era sólo Inglaterra, era la división de las fuerzas políticas la que imponía esa salida. Cabría concluir diciendo que *Francia no pudo más porque estaba dividida y ya no se bastaba a sí misma*.

La sublevación militar del 18 de julio de 1936 condujo a una lucha fratricida entre españoles, pero también a una intensa guerra civil ideológica entre franceses. El desgarró peninsular se vivió en Francia como propio en virtud de una serie de analogías y proximidades en cuya evidencia queda patente el destino inseparable de dos pueblos fronterizos. Nadie duda ya de que, a la altura de 1936, la historia de Francia tenía sus retos planteados, una vez más, en la línea del Rhin, pero no es menos cierto que la guerra española —avance doloroso de la general europea—, puso al descubierto las modalidades que iban a tener los nuevos tiempos, y las responsabilidades que a Francia le aguardaban. Ambos países aprendieron mucho entonces.